

SINTESIS DE LOS HECHOS SEMANALES (18-25 de Octubre)



En esta semana ha aparecido un Documento del Socorro Jurídico del Arzobispado donde se dan cifras escalofriantes sobre la persecución a la Iglesia en lo que va de este año, en el que los destinos de la nación y las riendas del mando han sido tomadas por un grupo de militares y otro grupo de la Democracia Cristiana. Entre asesinatos (28, entre los que resalta el de Mons. Romero), capturas, robos, ametrallamientos de locales religiosos, bombas contra instituciones cristianas, cateos y desalojos, en 250 días ha habido más de 180 acciones. Más de una cada dos días. Responsables comprobados de estas acciones son en 132 casos la Fuerza Armada y los Cuerpos de Seguridad y en 21 casos fuerzas paramilitares, quedando sólo 27 casos como no identificados.

Pero si a estos números queremos ponerles contenido humano veamos lo que escribe un testigo imparcial en el semanario católico Orientación. "El día 7 de Octubre nuevamente soldados del ejército del cuartel de Chalatenango atropellaron la población de San Antonio de los Ranchos. Por segunda vez entraron violentamente al templo, y después de haber roto la puerta que conduce al campanario y la del armario del bautisterio, orinaron y defecaron sobre ~~xxx~~ manteles y cortinas que había en la Sacristía. De nuevo allanaron la casa conventual (siendo ésta ya la tercera vez) y robaron aceite y maíz, que allí se tenía para completar la cuota de Cáritas con que se ayuda a aquella población pobre y necesitada".

Esta misma semana fueron colocadas quince bombas en la residencia de los jesuitas de la Universidad José Simeón Cañas causando graves destrozos dos de ellas, poniendo en ~~peñx~~ peligro grave la vida de los sacerdotes residentes.

¿Qué supone todo esto? Evidentemente una masiva y sistemática persecución a distintos miembros e instituciones de la Iglesia en la mayor parte de los casos por elementos de la Fuerza Armada. La responsabilidad en esos casos del Gobierno y de la Junta es manifiesta. Podrán decir que no matan a sacerdotes y catequistas como hombres de Iglesia sino como gente comprometida con el pueblo y sus luchas. Pero la figura, la





vida y la muerte de Monseñor Romero, contra quien se hicieron las mismas acusaciones, les quita todo pretexto y desautoriza cualquier disculpa.

Todos estos casos, absolutamente todos ellos, son cometidos o perpetrados por la derecha, sea la derecha gubernamental sea la derecha paragubernamental. En ninguno de esos casos sabemos de que los causantes de este verdadero terrorismo hayan sido localizados o detenidos. Nada sabemos -a pesar de que había indicios bien claros- de quién asesinó a Monseñor Romero; nada sabemos de quienes dinamitaron la YSAX, a pesar de que en las distintas ocasiones en que lo hicieron se procedió con toda alevosía y con gran facilidad de captura, si es que las autoridades lo hubieran pretendido; nada sabemos de quienes dinamitaron el Arzobispado o la casa de los jesuitas, a pesar de que en este último caso los radio-patrullas se hicieron presentes en el lugar de los hechos sin que nadie los llamara a los cinco minutos de la explosión, sin preocuparse para nada del vehículo que minutos antes puso las bombas a las tres de la madrugada, cuando no hay tráfico alguno por la capital. La cosa es, pues, evidente. No hay capacidad ni voluntad en el actual Gobierno ni en la actual Fuerza Armada para contener el terrorismo y la violencia de la derecha. Para contener y rechazar la violencia de la izquierda han dado muerte a miles de ciudadanos; para contener y rechazar la violencia de la derecha ni siquiera han detenido a un solo ciudadano. Estos son los hombres que dicen estar en ~~xxx~~ el centro entre dos extremas.

La persecución a la Iglesia no es sino una pequeña parte de la bárbara represión al pueblo. En esta sola semana los periódicos daban cuenta de 173 asesinados entre gente del pueblo y no en enfrentamientos armados. Los caídos en el campo de la Fuerza Armada y sus afines son 17.

Es cierto que ya estamos en una guerra abierta, a pesar de que no se la reconozca oficialmente. Pero aun en una guerra abierta no se puede asesinar a la población civil. Esto lo hacían y lo recomendaban los norteamericanos en Vietnam. Pero así les fue



y así fueron de repudiados por toda la gente honesta del mundo, incluido el propio pueblo estadounidense. Como caso de guerra abierta ha de considerarse la batalla de Morazán.

Ya en el comentario de la semana pasada hacíamos alusión a esa tremenda batalla del ejército salvadoreño contra una parte del ejército popular. Todavía no hay noticias firmes de lo acaecido allá. Pero implícitamente los propios comunicados oficiales reconocen el fracaso de la operación al decir que han causado bajas, desmantelado campamentos, pero al tener que reconocer que sus adversarios rompieron el cerco de 3.500 soldados y al confesar que se escaparon a otro lugar. La Fuerza Armada, equipada con lo mejor de sus recursos, no pudo entrar en el reducto del ejército popular. Esta es la verdad hasta el momento y la lucha lleva ya más de un mes. Quien conozca la geografía de El Salvador sabrá valorar lo que esto significa, cuando no hay grandes extensiones ni selvas ni lugares inhabitados. Cuando la propia Honduras fronteriza colabora con el ejército salvadoreño tratando de minarles la retaguardia, hoy con mayor facilidad después del compromiso del tratado de paz. Según informes precedentes de Honduras han sido desmantelados en los últimos días dos campamentos de guerrilleros salvadoreños. Su simultaneidad con las pláticas de paz y con la alegría de los Estados Unidos ^{por} haberse logrado el tratado es pura coincidencia. Y, sin embargo, no conocemos todavía los partes del Ejército popular donde se cuenten las bajas de la Fuerza Armada. Lo que sí sabemos es que cerca de 100.000 refugiados han tenido que salir de la zona, acosada y bombardeada por la fuerza atacante del ejército salvadoreño.

Por esto no ha sido de extrañar que el seleccionado de Costa Rica no haya querido venir a El Salvador a jugar el partido oficial que le correspondía en vista al campeonato mundial de 1982. La noticia puede parecer pequeña entre tanta sangre y tanta muerte. Pero es enormemente significativa. Cuando el Gobierno demócrata cristiano de Costa Rica trata de decir que la solución de El Salvador está en el Gobierno demócrata cristiano, nos encontramos con que la selección nacional costarricense no se atreve a venir. La razón es obvia: en El Salvador no hay condiciones para la actividad deportiva, en El



Salvador se vive en un clima de violencia, de represión y de guerra. Puede que en un momento determinado no pase nada, pero puede que ocurra una verdadera tragedia. Por eso es tan significativo que Costa Rica no haya venido. Es una prueba internacional más de la situación que vive el país, es una prueba más de lo que se pasa en el mundo de la capacidad de pacificación y democratización de la actual Junta demócrata-militar.

Por eso mismo la Junta se afana porque se realice la Feria Internacional. Con ello se pretende dar en el interior sensación de normalidad. Pero los que vivimos dentro sabemos que no hay normalidad alguna, que todas las noches hay tiroteos y bombas, que todas las noches, y aun en plena luz del día, cualquiera se encuentra con cadáveres y heridos en las calles, con retenes, con soldados armados. Ya hasta los Obispos hablan de mediación, porque se dan cuenta de que la actual Junta no puede imponer su autoridad. La Alianza productiva habla de caos económico y el propio Gobierno reconoce que tiene sus arcas vacías y su crédito internacional por los suelos. Todo ello prueba una vez más que la actual Junta va al fracaso total, al fracaso en todos los órdenes y con unos costos de sangre terribles. Tanta sangre para tanto fracaso. Es realmente increíble.

Esta semana ha llegado el nuevo Nuncio a El Salvador. Se trata tan sólo de su entrada oficial porque ya estaba fungiendo como tal, al menos en el interior de la Iglesia, desde que se fue Monseñor Gerada. Sus declaraciones no han despertado la menor esperanza en el pueblo. Hablar de magníficas relaciones del Gobierno con la Santa Sede puede ser una verdad, pero una verdad que no deja en buen lugar a la Santa Sede, por la sencilla razón de que ese Gobierno es responsable de la persecución a la Iglesia y del tremendo desangramiento del país. Quizá no el único responsable, pero sí el más importante. No lo decimos nosotros, lo dicen los propios miembros del Gobierno.



La Universidad de El Salvador sigue cerrada a pesar de las promesas del 15 de Octubre y la Universidad Católica sigue acosada. Un signo más de lo que pasa en El Salvador.